LUIS HORACIO VELÁZQUEZ

**LA MADRE
LUDOVICA**

SEMBLANZA DE UNA
RELIGIOSA INOLVIDABLE

LA PLATA

AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTÍN

1950

LUIS HORACIO VELÁZQUEZ

LA MADRE LUDOVICA

SEMBLANZA DE UNA
RELIGIOSA INOLVIDABLE

LA PLATA

AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTÍN

1950

LUIS HORACIO VELAZQUEZ

LA MADRE LUDOVICA

SECRETARIA DE SALUD
REPUBLICA VENEZUELA

ES PROPIEDAD
RESERVADO TODOS LOS DERECHOS
LEY Nº 12.723

IMPRESA EN VENEZUELA

1955

¿QUIÉN SABE LO QUE VALE LA VIDA
DE UN NIÑO? NADIE LO SABE NI AÚN
QUIEN LO HAYA PERDIDO. ANFORA
PEQUEÑA DEL MILAGRO, ALBERGA EL
MISTERIO INASIBLE DE ALEGRÍAS
PLURALES O DE VICISITUDES AZARO-
SAS: ELLA ES LA PARTIDA DE UNA
EXISTENCIA SIN SABIDO TÉRMINO,
EL ALBA DE UN DESTINO ENIGMÁTICO.
TAL VEZ ESTA SEMBLANZA NO SEA
OTRA COSA QUE LA OFRENDA EMO-
CIONADA A TODOS LOS HOMBRES
Y MUJERES QUE SE ESFUERZAN
EN NUESTRO PUEBLO CON
ABNEGACIÓN SACRIFICADA
POR EL TRANSCURSO JU-
BILOSO DE LA INFANCIA
ARGENTINA

LOS SERES PREDESTINADOS

Hay en el mundo hombres y mujeres cuya vocación por un ideal, les hace orientar los esfuerzos y preocupaciones de todos los días hacia los demás seres. Algunos, atraídos por una voz interior — que es su propio destino —, se convierten en santos o apóstoles, en guías o conductores. Otros realizan obras de amor sin descanso ni interés, actúan desveladamente con el afán de procurar el bienestar, el mejoramiento o la salvación de sus semejantes.

Al escuchar un llamado recóndito, obedientes a impulsos misteriosos más fuertes que sus primeros deseos, hubo seres que dedicaron toda su vida a una acción de índole colectiva; labor social cuyos alcances reflejan mejor que cualquier biografía, su carácter y su espiritualidad humanista.

Bien sabemos cuánto ha significado la influencia de mujeres determinadas en el corazón y en el designio de hombres extraordinarios cuyas obras irradiaron luego sobre multitudes innumerables: Laura de Noves para Petrarca es la llama que enciende el «Canzoniere». El alumbramiento del «Werther» se llama Carlota Buff. Lamartine es-

cribe sus «Meditaciones para Elvira» después de conocer a Julia Charles.

Pero no me refiero a esa categoría de mujeres, privilegiadas de cualquier manera, que despertaron la llama del genio o que consagraron su vida a un solo ser, inmolándose, como Juana Welsh ante Carlyle. Pienso más bien en la filantropía de Isabel Fry, la protectora de los encarcelados de Europa; en la abnegación de Florencia Nightingale, samaritana de los enfermos y de los soldados heridos en la guerra; en el heroísmo civil de Grace Darling, cuyo arrojo salva a los naufragos asidos desesperadamente a las rocas de Harker.

Cerca nuestro viven personas que tributan a la colectividad gran parte de su riqueza interior, de sus afanes y experiencia. Tal vez cruzándose por las calles de la ciudad alguna vez las hemos visto y ni siquiera nos hemos dado cuenta de su presencia. Podría afirmarse de ellas que son poetas de la acción, si no sería mejor decir que la acción social desinteresada es poesía pura para ellos, y el mayor deleite de su escondida e inasible armonía proviene de descifrarla con el ritmo de sus propias vidas en todas las jornadas del año. Es *trabajo gustoso*, al decir de Jiménez, para esos predestinados, aquél que sirve para iluminar y embellecer la vida de los demás.

En este caos que es el mundo contemporáneo, solamente estas almas aventuradas de quijotesca

espiritualidad y corazón heroico, — expresión verídica de un país de paz y de futuro — podrían hacer concebible el orden armonioso y el mutuo respeto en la convivencia humana, pues ellos saben, con Vives, que el verdadero poder entre los hombres, está en el dominio y la práctica del sentimiento de bondadosa solidaridad y amor, virtudes cuya única recompensa es la gratitud póstuma — en los pueblos que no son desmemoriados —, y el humilde agradecimiento de los pobres; y no en los bienes, honores ni dignidades de la jactanciosa vanidad.

Como un signo de esta vida que vamos a evocar, podríamos repetir la afirmación que vela el descanso de Pestalozzi: «Todo para los otros, nada para él».

EL COMIENZO

Nació en un pueblecillo de Italia, San Gregorio, el 1º de octubre de 1881. Nadie creería que tiene tantos años. Sobre su rostro de rasgos firmes y voluntariosos, han pasado, como las leves sombras de las nubes sobre las colinas del Mediterráneo, cuantas emociones humanas existen, sin dejar más huella de su paso que ese brillo luminoso en los ojos de miradas enérgicas pero tolerantes, acostumbradas a ver el dolor de muy cerca y a traducirlo — cualquiera que sea el idioma que él hable —, para suavizarlo de inmediato.

Ella desembarca en la Argentina el año 1907. Viste ya el hábito de novicia. Es humilde, sencilla y acata con obediencia las disposiciones de la Orden. Al año siguiente la envían a cumplir los rústicos menesteres de cocinera en un pequeño hospital de niños, a una ciudad que, apenas, contaba la edad de una novia: veintiséis primaveras. Casi sus mismos años. Era todo menudo en esa ciudad. Y en el pequeño hospital recién se formaban dos salas de clínica y seis médicos atendían los consultorios y cuidaban de los enfermitos. Esa novicia que llegaba, era también menuda, como todo lo que habría de rodearla. Menuda y silenciosa.

El doctor Carlos Cometto era en ese tiempo toda una institución. Podía decirse que él era el Cuerpo Médico Escolar. Durante quince años dirigió tesorero el Hospital de los Niños. ¿Qué vió el director en esa laboriosa novicia para proponerle un día el cargo de Administradora? Muchas discusiones, una verdadera lucha verbal le costó al doctor Cometto para vencer la modestia de la religiosa que estuvo a punto de imponerse, antes de persuadirla. Al fin la convenció.

El nosocomio crecía y aumentaba la responsabilidad con cada mañana para Sor Ludovica, la nueva administradora. ¡Qué complicado engranaje era aquella economía viva, sobre la que giraba la

existencia y el desarrollo del Instituto! Antes que nada, tuvo que aprender a regular los gastos con las módicas entradas. Eso requería sacrificios sin medida, que la obligaron, muy de su gusto, a vivir caminando, después de retirarse a descansar a veces, a las dos de la mañana, para levantarse con las estrellas. Laboriosidad de hormiga económica y previsor, su administración de prodigio fué realizando obras que escapan a la capacidad creadora más obsecada, por que es la suya la honestidad puesta al servicio de una predestinación idealista.

Sor María Ludovica aprendió a no tener simpatía por los ángeles que lucen hermosas alas, pero carecen de manos para socorrer a tantos niños y desvalidos. Dejó de creer en los ángeles sin manos y convirtió las propias en alas industriosas. Por eso, durante años, vióse partir el coche tirado por caballos, atravesando desniveladas calles pantanosas, rumbo al centro, en el cual Sor María Ludovica solía recorrer las reparticiones oficiales, portando los legajos y expedientes de sus incesantes trámites de ampliaciones, mejoras y pedidos. Cada expediente, celosamente empujado por su solicitud, significaba mayores comodidades para sus niños y más camas para otros enfermitos.

LA LUCHA

Pide, ruega, exige. No le interesa qué partido sea el que gobierne. Ella necesita ayuda para su

hospital. Y entonces, los hombres que la tratan, los dirigentes políticos o de actuación social más dispar, al conocerla, comienzan a admirar a esta religiosa inolvidable. El creyente o el ateo, el ultramontano como el izquierdista, se honran con la amistad de Sor Ludovica, por que ella no entiende otra doctrina que la de Cristo que a todas las resume, por que de los colores distingue sólo el blanco del estandarte de sus niños

Pasan los días, las semanas, los años constructivos. Había un problema que la obsesionaba y que no podía resolver: la curación de los enfermitos baldados por la tuberculosis, al atacarle la terrible enfermedad sus huesos y articulaciones. Hombres de ciencia coincidían en la necesidad de levantar un «solarium» en una playa de mar como la única posibilidad efectiva de intentar los procesos de curación. Los especialistas recomendaban que por la conveniencia del clima, ese establecimiento fuera instalado en Mar del Plata, el famoso balneario sudamericano. La Superiora se puso en campaña y consiguió unos lotes sobre la misma playa. Arquitectos amigos le dibujan los planos y proyectos. La noticia trasciende. ¿Un «solarium» para niños enfermos en Mar del Plata, al lado de la playa?, se preguntaron escandalizadas las familias aristocráticas que tienen instaladas sus residencias de veraneo en la perla del Atlántico... ¡No!

Pero ya la Madre Ludovica está gestionando

fondos. El peligro es inminente. Se alían el egoísmo con la ignorancia en una campaña en contra del «solarium» que se considera demoledora. Argumentaban que la enfermedad de los niños internados infectaría las aguas y se contagiaría así a los turistas. Fué una lucha titánica. Ya la creían vencida a la tenaz religiosa. Pero sus razones y sus sentimientos convencieron al gobernador, el cual se puso de su parte y pudo así obtener justicia. Hoy ese «solarium» «San José» en Punta Mogotes, enorgullece a la ciencia argentina, y en él obtienen mejorías notables y curaciones completas cientos de niños desahuciados con otros medios y en otras latitudes.

Y esa lucha, que ya fué su atmósfera, no paralizaba al hospital, que seguía su progreso incesante. Aumentaban sus comodidades. El pabellón de infecciosos, de una sola planta con dos modestas salas, dió paso a un edificio monoblock de cuatro pisos con todas las conquistas y perfeccionamiento técnicos adecuados al tipo de enfermos que alberga.

Su diligencia acicatea constantemente a nuevas iniciativas que tienen como punto de origen el progreso incesante del Instituto y cuanto con él se relaciona, como vanguardia de la salud de la niñez y como avanzada para el progreso de la ciencia.

En una oportunidad consigue, tras empeñosas tramitaciones, le cedan cuatro hectáreas que la re-

partición policial utilizaba para pastaje de animales, en una villa cercana a la ciudad.

—Eso es campo pelado, Madre... ¿Qué va hacer con él?

—Ya verán qué se puede hacer con esa tierra.

LA OBRA BENEFACTORA

Pues bien, edifica una capilla magnífica para los chacareros de la zona. En ella se imparte la instrucción cristiana a los chicos del lugar. El resto de la tierra es sembrado y plantado así no falta la verdura fresca. Y toda clase de aves se reproducen para la alimentación diaria.

Existen dos incubadoras en continuo funcionamiento y hay sitio de cría y selección de ponedoras. ¡Cuántas veces se la ve llegar desde City Bell cargada con las canastas de huevos y hortalizas! No se extraña lo indispensable en las modernas instalaciones de su dominio: en el mismo hospital, que ocupa una manzana de tierra, se fabrica con sistemas modernos, el hielo para el consumo.

Maneja la contabilidad en el concepto de que la misma debe tener un rumbo previsor en beneficio colectivo y no individual, cubriendo las necesidades integrales. Si el presupuesto fijara una partida para «frazadas» y luego de la adquisición de las necesarias quedara un remanente de \$ 500,

por ejemplo, un técnico contador, ajustándose a las terminantes y frías disposiciones en vigor, devolvería el excedente. Sor Ludovica no, jamás devuelve un excedente por que con él compra tambores de gasas, agujas hipodérmicas, alcohol, placas radiográficas, todo lo que haga falta. Ningún técnico jamás hubiera previsto la carencia, con mucha antelación, de toda clase de material sanitario a causa de la guerra, como ella lo previno comprando el algodón, medicamentos anestésicos, desinfectantes, cubriendo la enorme demanda por largo tiempo. Porque todo lo resuelve personalmente y es, por su energía de carácter, sumamente estricta con el personal en los asuntos esenciales, pero siempre cordial y bondadosa.

Gente muy pobre llega a golpear la puerta del hospital — sobre todo de noche —. Traen su marmita, su olla vacía, su tachito limpio. La serena ya sabe la orden terminante de Sor Ludovica. Va adentro y los trae llenos de comida. Durante años se ha dado a muchos el sustento cotidiano, pues la disposición superior es que las cocinas siempre preparen las comidas con holgura.

Niños y mujercitas huérfanos que llegaron en busca de salud, una vez sanos, al no tener quien los amparara en su orfandad, por decisión de la Superiora, se quedaron a vivir en el hospital y pasaron a integrar la familia de la Institución, ocupados en algunas de las múltiples actividades.

Y así se fueron formando hombres y mujeres en ese ambiente de trabajo. Usando de sus economías, consiguió hacer frente al pago de aranceles, matrículas, derechos de examen de esos jóvenes protegidos por ella, costeándoles así los estudios después de devolverles la salud. Cuántos han constituido sus hogares epilogando un hermoso romance iniciado en la adolescencia. Ya grandes, vuelven a visitar a su protectora, a presentarles sus retoños, a que ella conozca y bendiga a sus hijos. Los de ellos, que son de Ella también.

EXPERIENCIA DE HUMANIDAD
SUS ANÉCDOTAS

Hablemos de sus anécdotas. Un día, un hombre trae su hijito enfermo. Es internado. La afectuosa ternura con que su pequeño es atendido, igual para todos, asombra al padre, que por sus ideas socialistas renegaba de las religiosas en los Institutos. Al tiempo, aquel ciudadano, elegido concejal por su partido, con espontánea gratitud, logra hacer votar un subsidio municipal de \$ 100 para el hospital de niños.

¡Ah, qué bueno es cuando Madre Ludovica hace medicina preventiva!

Una madre trae un niño al Hospital. Hace varios días que está enfermo.

—Lo tengo empachado, Madre.

—¿Por qué lo traes recién?

—Creí que no era nada, Madre, y que se le pasaría.

—A los chicos, hija, cualquier cosa que tengan, hay que hacerles ver por el médico, sin esperar tanto.

—Sí, Madre. Los hermanitos estuvieron así, y acá los atendieron...

—¿No te enseñaron, cuando los tuviste enfermos, cómo había que cuidarlos?

—Sí, pero...

—¿Tienes gallinas en tu casa?

—Sí, tengo, Madre...

—¿Qué les das a los pollitos, el grano entero o el maíz pisado?

—El maíz pisado, Madre...

—Bueno... sabes criar las gallinas y no sabes criar a tus hijos... A tu chico lo estabas matando ¿sabes? porque le dabas el grano entero en vez de darle el grano picado, como a los pollitos... ¿Cuándo vas aprender?

La mujer agacha la cabeza, y comprende que tiene bien merecida la amonestación. La recibe como si fuera su propia madre quien la reta.

SU INFINITA BONDAD

A una señora humilde le han internado a un hijo en el «Solarium» de Punta Mogotes. Su reumatismo articular requiere una larga y asidua

atención médica. Un día esa madre va hasta el Hospital de Niños de La Plata. Pide hablar con la Madre Ludovica. Quiere saber noticias del pequeño. ¡Cuánto lo extraña! ¡Hace ya tanto tiempo que se lo llevaron!

—¿Y no te gustaría verlo?

—¡Oh, si se pudiera!... —exclama la mujer, incrédula.

—Vamos mañana, yo te llevo. Y al otro día se lleva en la camioneta, aprovechando su viaje mensual de inspección, a la madre entristecida para que vea al hijo ausente.

Un jornalero trae un muchachito desnutrido. El examen de los médicos, arroja un cuadro de bronquitis crónica y comienzo de anemia. El problema de las enfermedades en la niñez, en una enorme proporción, obedece a la miseria de los padres que no pueden proporcionar una alimentación adecuada a sus hijos. Pero es que el país atraviesa una época de holgura económica y los trabajadores son remunerados con salarios tan altos, que su situación económica supera en mucho a la clase media. La Superiora pregunta cuál es el salario. —Treinta y cuatro pesos diarios. ¿Entonces?

—El chico no come bananas, ni naranjas, que tienen las vitaminas que necesita... pero seguro

que usted no falta los sábados a las carreras... ¡maldito vicio del juego!

El hombre, como herido por una descarga eléctrica, se contrae sobre sí mismo. Es que Sor Ludovica, con esa percepción psicológica extraordinaria, ha tocado en la llaga.

LOS ENEMIGOS

En cierta ocasión llega a la Provincia un Interventor Federal. Con su secretario, la hace llamar a su presencia. Esa mañana debía partir la Madre Superiora en la camioneta a Mar del Plata para realizar la inspección mensual del «Solarium», pagar al personal y dejar internados, para su curación completa, varios enfermitos que la acompañarían. Envía al sur otra Hermana en su lugar.

Mientras la conducen a presencia del Interventor, va feliz pensando si habrá llegado a oídas de las Autoridades, cuánto se ha hecho y cuánto falta aún por realizar, y si habrán resuelto prestarle una colaboración decidida.

Pero con gran asombro, se siente interrogada sobre el enriquecimiento de la Orden y la compra de un chalet a su nombre particular... gente malévola ha sembrado la intriga y la insidia.

Si bien es cierto que en sus luchas se ha llevado por delante, con tal de hacer el bien, tantos prejuicios estúpidos y tantos intereses creados, esta

clase de armas jamás las hubiera supuesto esgrimidas contra su acción.

Al principio, la Madre se siente indignada y casi se deja llevar por su santa ira. No, debe contenerse. Sonríe piadosamente, perdonando. Son muchos los extraviados. Entonces, sus palabras severas y admonitorias en ese pintoresco dialecto tan suyo, entre italiano y castizo que se fué formando por el uso y la costumbre, se deja oír en el despacho suntuoso.

«Yo no entiendo de leyes — le dice — trato de hacer todo el bien que puedo a los demás. Pido todos los días y a todo el mundo para el hospital y los enfermitos. No para mí ni para mi Orden, pues tenemos jurado voto de pobreza. Todo nuestro bien son los hábitos que llevamos puestos. ¿Usted no tiene en sus manos, señor Interventor, los resortes para averiguar dónde están las propiedades que he comprado para mí?... me gustaría conocerlas... ¿No le basta tocar un timbre y hacer que se investigue?...».

El gobernante ha cambiado de color. ¿Cómo ha podido errar así? Madre Ludovica expresa que, aunque es vergonzoso dejarse llevar por los chismes y habladurías, comprende que el señor Interventor tal vez no sea culpable. Toda obra buena tiene sus detractores y enemigos. En esta ocasión han llegado muy alto con su maldad, para hacerle

caer en error. ¡Tentaciones del demonio! ¿Por qué le han informado tan mal?

Su excelencia quiere disculparse en medio de su zozobra. Pero no podrá olvidarse ya de aquella humillación que ha soportado como castigo y de aquel injusto agravio inferido a un alma tan pura.

LOS TRABAJOS Y LAS HORAS

Se detiene delante de una gran obra en construcción. Descargan material. Pide hablar con el Ingeniero. «Yo estoy también haciendo una casa... para los pobres». ¿No podría donarme, Ingeniero, unos cuantos ladrillos?. El Ingeniero hace apartar con un peón una pila completa, que al rato multiplica impresionado por esa audacia convincente de la religiosa. De regreso, encuentra al dueño de un transporte. «Ya que vienes para este lado, ¿llevarías en tu carro los ladrillos? «—Sí, Hermanita». Así se explica que durante 15 años consecutivos, la presencia de los albañiles fuera tan familiar en la casa como la de los pájaros en la arboleda.

Conversa en una Sala con un médico amigo. Está muy afligida.

—¿Qué le pasa, Madre?... la noto preocupada...

—No tengo tiempo para rezar; igual le pasa a las demás Hermanas...

—¡Usted está rezando a cada momento! En cuanto sale a la calle a conseguir algo para el hos-

pital, a cada hora, a cada minuto, en cada cosa en que usted trabaja, Madre, para sus enfermitos. ¿No se da cuenta que está rezando?... ¡Esa es la mejor forma de llegar a Dios! Y de hacer que él la escuche... Usted reza así por todos nosotros... que no rezamos nunca...

Está en todo. Conoce por su nombre y apellido a sus colaboradores y a muchísimos niños que pasaron por el Hospital, unidos por invisibles raíces a la comunidad de sentimientos. No cumple años ningún médico o practicante sin que ella se haga presente con su obsequio: el pañuelo o la toalla con el monograma bordado primorosamente por manos recoletas. No olvida ninguna fecha, no pasa por alto ninguna ocasión. No está ausente ni en el dolor ni en los momentos de alegría. Ella misma prepara el altar del casamiento al desposarse un compañero. Y sus manos deslizan las cuentas del rosario, como lágrimas negras, al rezar en la capilla ardiente cuando alguien muere.

Lo que le sucede a cualquiera que trabaje en el hospital, — no interesa su jerarquía — repercute intensamente en ella. Y por eso, a la mañana, cuando llega y saluda, ya en el gesto se advierte, como en un sismógrafo, si tiene preocupaciones, o algo desagradable le ha ocurrido a un integrante

del personal. El espejo de la vida de la comunidad hospitalaria es la Superiora.

El carácter de la Madre ha trascendido a sus médicos y practicantes. Los viejos médicos y los médicos jóvenes. ¡Cómo quieren y defienden a su Hospital! ¡Cómo pelean por él, como si fuera algo propio, consustanciado con sus mismas vidas! A ella le confían sus preocupaciones, es su consejera, su conciencia a veces. Alguien se desalienta, alguien flaquea. Un estudiante de medicina, atiende con desgano su puesto de practicante. Le han aplazado en una materia. Ella se entera. Le habla con estas palabras textuales: «La vida e dure, mijite... ¡Hay que luchare!».

Más que la intervención quirúrgica, más que la muerte misma de un inocente en sus manos, el trance más amargo para un médico, es el tener que revelar a una madre la muerte de un hijo. Aún los facultativos decanos rehuyen esa angustia inconsolable de toda mujer.

Ninguna madre acepta la muerte de un hijo. ¡No, no puede ser! Por más sensata e inteligente que sea, la niega. ¿No comprende, doctor?... ¡Allá lo esperan sus juguetes, su ropita, el hermanito me pregunta por él!... ¿Qué le voy a decir? Yo le prometí... los chicos de la escuela... ¡Oh, no, hágalo vivir!... yo le dije que cuando sane...

—¿Se habrá quedado dormido, Madre?

Esas escenas patéticas del alma dilacerada de la madre, Sor Ludovica las ha tenido que resistir siempre. Sus manos han apretado ese dolor palpitante contra su corazón, estrujándolas. Y mientras enjugaba las lágrimas de los padres humildes, sus labios, como en una oración, han balbuceado las únicas palabras ¡tan pocas! de consuelo, que podían amortiguar la acongojada pérdida de una vida que, por ser de la sangre, se ama más que la propia.

UNA CONCIENCIA CENTINELA

La noche de la ciudad, la oscuridad y las sombras del parque circundante, con sus árboles y su silencio, se dobla sobre los pabellones iluminados, como si algo misterioso estuviera en acecho.

Un médico de guardia ha llegado. Después de atravesar el gran «hall» de acceso, toma hacia la derecha por el corredor y llega hasta los ascensores. En el 2º piso le aguarda la sala de operaciones. En todas partes resalta, iluminado por las modernas lámparas fluorescentes, la immaculada limpieza que día y noche procuran las mucamas a los mosaicos del piso, a las paredes de mayólica. El brillo de lo limpio en los mármoles y en las camitas blancas de metal. Y el olor a fenol está en todas partes.

Al cubrir con el delantal blanco su traje ciudadano, es como si el mundo de la calle que venía

acompañándolo, con sus sensaciones, evidencias y recuerdos, desapareciera para dar paso, bajo el uniforme blanco de guardia, al mundo del deber y del sacrificio.

Ya está lista la instrumentista. Ya está pronto el anestesista también. A operar. Inclinado sobre la mesa operatoria como si fuera su propia conciencia, debe salvar la vida en peligro de ese niño indefenso.

Y desde ese momento, ya no deberá responder solamente ante su conciencia y el misticismo de su apostolado, por la vida de esos pequeños en peligro de muerte puestos por la sociedad bajo su custodia. Niñitos sufrientes que no saben explicar su mal, y que miran con los ojos húmedos agrandados por la fiebre, el dolor y el miedo, como si fueran pobres animalitos atemorizados. Quien los ha visto no los olvida.

Tiene también que responder por cada uno de sus actos, ante el alma de esa mujer pequeña pero enérgica, que vela día y noche ocupando el lugar de cientos de madres que no pueden estar sino lejos, bajo el sufrimiento de una vigilia atormentada.

El oxígeno pasa por un delgado tubo de vidrio. Al cruzar por la pequeña probeta, se mezcla con la sal de penicilina, y llega vaporizada a las respiración anhelosa de un pequeño ser humano de

ocho meses, quietito y pálido bajo el toldo de celofán que cubre su camita de enfermo. Intermitentemente llega el médico y toma la temperatura. Observa con atención el tubo graduado por donde el hilo de mercurio señala los grados, y hay un gesto de complacencia en el rostro del joven profesional. Es ardua la pugna entre la ciencia por la vida y lo ignorado por la muerte. Pero la lucha se lleva con una optimista decisión.

Una enfermera, con su tocado blanco, como un ángel de la guarda, se acerca discretamente a otra cama y da la medicina a un enfermito. Se cumplen las labores con puntualidad y amor. Cada hora. Cada día. Cada año. ¿Qué abnegación no tributan a «la Casa»? Si por ella son capaces de cualquier sacrificio. El hospital es algo imponderable, está impregnado de su presencia, la de Sor Ludovica, cada rincón y cada puerta, cada pabellón y cada sala. Es de todos y de cada uno. De cada médico o enfermito, de cada religiosa o enfermera.

—¿Se acuerdan de Dorita Campos?... los días de visita, jueves y domingos, organizaba rifas de beneficio entre los familiares de los pequeños pacientes, para acrecentar los precarios fondos del hospital... ¡Eran tiempos heroicos aquéllos!

Y el que se va, sigue perteneciendo en el recuerdo, porque ya ha sido cautivado por el alma inefable y colectiva de la Casa... el que fué algo

en ella, no se olvidará jamás. Y hay también quién lo recordará mientras viva.

SU TRABAJO PERSONAL

Esta mujer providencial es un arquetipo de solidaridad generosa. Pensando en ella, uno no se arrepiente de pertenecer al género humano. Ya en una oportunidad le tuvieron que practicar una operación quirúrgica extirpándole un riñón. ¡Pero qué bien disimula sus achaques y padecimientos físicos! Es la primera que se levanta, la última que se retira a descansar. Y por su energía eficaz los años no han pasado en vano: el tiempo, fértil, ha estado siempre a su favor como un aliado leal, aunque nunca le alcance para todas las cosas que se le ocurren hacer.

Hoy funcionan en el Hospital 25 servicios con capacidad para seiscientos enfermitos. Todo es obra concebida, dirigida y obtenida por la Superiora, sin desatender jamás la actividad sin tregua de la casa, en las veinticuatro horas de cada día.

¿Qué maravilloso sexto sentido le ha dado la Providencia para no errar jamás? No es cultura ni sabiduría, sino divina intuición lo que orienta las acciones de esta vida milagrosa que prevé los

acontecimientos, resuelve cualquier dificultad y jamás pasa por alto ninguna obligación ni actividad por sencilla que sea.

Durante años tuvo a su cargo exclusivo y personal la delicadísima tarea de aplicar las anestésias en las operaciones. El personal técnico era escaso. Se hubiera dicho que le reprochara a su capacidad el no poder ayudar a la ciencia del cirujano a extirpar del todo y más pronto un gran sufrimiento; entonces exigió para sí la ardua responsabilidad del anestésista. ¡Y cómo la realizaba! Con la fervorosa y maternal dedicación de ser cada uno de los operados algo muy suyo.

También atendía el teléfono del hospital... aquellas llamadas angustiosas pidiendo cama para un pequeño herido, aquellos reclamos doloridos de las madres preguntando por sus pequeños internados, que el reglamento no permite velar cerca... Y sus palabras, esa entonación de seguridad, tan comunicativa y consoladora que llevaba y lleva el alivio a tanto corazón maternal, para que se espere una noche más, hasta la hora de visita del día siguiente... cuando no era la solución, el permiso, aunque violara el reglamento.

En su dormitorio hay un teléfono interno. Todo el personal de guardia lo sabe. Por cualquier caso grave, hay que llamarla. No delega en nadie la responsabilidad. Ni las preocupaciones.

UN ACTO DE JUSTICIA

Organizado el Ministerio de Salud Pública, su titular, no hace mucho tiempo, adopta como medida de ordenamiento interno, el régimen de *administradores* para cada nosocomio. Eso significa que Sor Ludovica debe abandonar su cargo después de ocho lustros.

Es entonces que los médicos, que se enorgullecen de ejercitar por vez primera una vieja aspiración: el derecho a elegir por votación directa a los jefes de Salas de entre sus compañeros, se dirigen al Ministro en una solicitud de elevado contenido para que sea designada la Madre Superiora.

Sor María Ludovica es el hospital mismo — dicen — es todo ello y mucho más todavía; constituye su propio y progresivo historial. A ella se debe haber hecho de esta Casa, modestísima hace 42 años, un hospital modelo en su género, orgullo que trasciende los límites de la provincia. Si su obra silenciosa tuvo dificultades, las supo superar con esa rara virtud que amalgama como mujer sensible al dolor, una fervorosa devoción cristiana.

Ese anhelo plural implicaba una excepción. Pero el dignatario, asistido por un alto espíritu justiciero, comprende que la personalidad por la que se peticona, es excepcional. Confirma en ese cargo, más que todo por su simbolismo y significado trascendente, a la Madre Superiora.

Los médicos que la rodean — algunos de la vieja guardia, de la época del precursor, el recordado doctor Cometto — tácitamente han organizado una Sociedad que lleva como lema, la clave venturosa de su nombre.

El día aniversario de honda significación sentimental: el 1º de octubre (día del nacimiento de la Superiora) será en lo futuro el cumpleaños del Hospital, y por analogía el cumpleaños de todos los seres vinculados a él por distintos motivos uniendo al médico y a los servidores, a cada uno y su familia, con esa otra familia cordial que le rodea en su labor sacrificada de cada hora; y así unidos fraternalmente, coadyuvarán con más fervor en el progreso incesante de la Casa y en el desarrollo incesante del bien y de la ciencia.

Sabemos que late en el ambiente la seguridad de una acción justiciera: algún día este hermoso Instituto Modelo: el Hospital de Niños de la ciudad de La Plata, se llamará «Madre Ludovica D'Angelis».

SI POR ELLA FUERA

Si por ella fuera ya estaría hecha realidad la idea maravillosa de un médico humanista que conoce muy bien el alma de los niños: incluir en un rubro del presupuesto al «tony» que divirtiera a los «cebollitas» postrados. Y las paredes de las Salas estarían decoradas con muñecos, juguetes,

y láminas alegres con animalitos, pájaros y escenas de cuentos.

Si por ella fuera ya sería un hecho el proyecto que ahora la preocupa: hacer del «Solarium» un Instituto modelo donde puedan asistirse con los métodos más modernos de la terapéutica los menores atacados por el bacilo de Kock en sus huesos y articulaciones. Y se crearía una escuela anexa al «Solarium», para que los niñitos que se asisten de sus afecciones osteo-articulares, no se retrasen en sus estudios. Y aprendan al tiempo que se curan. El «Solarium» tendría una escollera nueva. Y triplicaría su capacidad, al dotarlo de todos los elementos técnicos y de personal, llevándolo a la jerarquía de Instituto como el de Niños de La Plata, aunque sea siempre dependiente de éste.

Si por ella fuera, la campana que anuncia la despedida de las visitas, dejaría de tañer para siempre. ¿Ustedes no han visto esa escena?... cuando la campana anuncia a las madres, a los padres ansiosos, que pueden entrar a visitar a sus hijos, ellos corren presurosos, no quieren perder un minuto, y llegan hasta las camitas blancas y no quisieran irse más. El bronce a dicho: ¡Aleluya!

Pasan los minutos furtivos. De pronto, la campana otra vez. Pero no es el mismo su son. Es la campana de despedida, lúgubre cual una advertencia funesta, como doblando a difuntos. Y las madres se van, lentamente, volviendo la cabeza, con

triste resignación. Sí, yo sé, estoy seguro, que Sor Ludovica pondría una campana de plata, tan solo para que las madres entraran a ver a sus retoños, y no se fueran más, a no ser acompañadas por ellos, devueltos por los médicos sanos y contentos.

AMOR LABORIOSO E INSPIRADO

Es sabido de los entendidos en la materia, que la mejor miel y la que se produce en mayor cantidad, es aquella que proviene de la industria de las rubias abejas conocidas con el nombre de «Reina Italiana».

La más pura y cristalina miel de amor, por la fe, esperanza y caridad, es la que esas manos buenas de Madre María Ludovica D'Angelis viene fabricando hace más de medio siglo y que ha endulzado, tan cerca de nosotros, sin que nos diéramos cuenta de su milagro, tantos corazones necesitados de amparo. Por eso será que hace reflexionar aquella sentencia grávida como un aforismo de un médico ateo y librepensador, al definir así el concepto que le merecía la Superiora:

—Yo no soy religioso... pero veo la obra de esta monjita... ¡Y tengo que creer en Dios!

Y cabe preguntarnos. ¿De qué desconocidas fuerzas, comprensibles a las gentes comunes, reciben su aliento estas almas esforzadas y excepcionales? ¿De qué surtidores milagrosos de amor por los desventurados se alimentan? ¿Qué las sostiene

en sus fatigas, en su sobriedad material, en su desapego por los halagos de la vida mundana? ¿Qué los fortalece para no ceder al desmayo, la adversidad o la indiferencia desdeñosa y al crudo egoísmo de los satisfechos, que viven a su alrededor sin advertirlos ni valorar su bondad candorosa, su grandeza moral, sin comprender ni respetar a veces su noble apostolado ni deslumbrarse ante el prodigio de sus vidas angélicas?

No dudemos, es su plena identificación y su comunión perenne con el máximo apóstol del idealismo y del amor que ha revelado la historia del mundo.

Con él conversan, realmente, en sus oraciones tranquilas y arrobadoras, en el sosiego aislado de sus celdas calladas. Como Fray Mamerto Esquiú en su retiro, como San Francisco Solano en sus éxtasis, reciben de él la eucarística alegría de su misión generosa. De su destino sublime y bienhechor. Les inspira también su padre, aquél «que es la misma eternidad y toda perfección infinita, causa y razón de todo cuanto existe fuera de él...» y de quien reciben la promesa de su reino...

Si se quisiera llevar a la expresión cinematográfica el argumento de una vida sublime, la cámara debería enfocar todos los rincones de este Hospital de Niños, tan blanco, donde el optimismo laborioso ha desterrado la tristeza, filmando la incesante lucha de la ciencia contra la enfermedad,

de la vida contra la muerte. El recorrido de los médicos revisando a sus enfermitos, dando instrucciones a sus asistentes, aplicando medicamentos e inyecciones, anotando el proceso de la enfermedad en la hoja clínica. La labor de los operadores y practicantes. El desvelo guardián de las religiosas. El minucioso contralor de las visitadoras. El ir y venir de las cabas y enfermeras, de las nodrizas y samaritanas, de los mucamos y sirvientes. En las horas de la alta noche, el recorrido y la vigilia de los médicos de guardia.

Y en primer plano, como un haz de luz que todo lo advierte y lo protege con su aliento, el contorno, nimbado de gloria, de una sencilla hermanita de la Congregación de la Misericordia. Tal es la Madre Sor María Ludovica D'Angelis, un alma de Dios.

EVOCACIÓN

Un núcleo de estudiantes platenses que editaban en el Colegio Nacional el periódico «PROA» (hacia el norte, digno, de lo justo) y con romántica ingenuidad reclamaban en plena adolescencia el derecho a intervenir en los agitados problemas de la vida política de la nación, pensaron en ese invierno de 1931, cómo festejar el 115 aniversario de la independencia Argentina.

La idea en que todos coincidieron fué realizar una colecta de víveres para distribuirlos a los olvidados presos de la cárcel y el Departamento; y solicitar la donación — en todos los bazares y confiterías — de juguetes deteriorados y golosinas, para llevarles a los enfermitos internados en el Hospital de Niños.

En dos coches de plaza llegaron los siete muchacos, esa fría tarde del 9 de Julio, cargados hasta el pescante. Sala por sala, a cada enfermito, fueron distribuyendo entre el júbilo ruidoso los coloridos regalos, acompañados de la Madre Superiora que, en su alegría por lo inesperado, apenas si podía agradecer de emoción.

Poco más tarde, en el despacho severo y cordial, sirvió a los jóvenes estudiantes una copita de licor, para ahuyentar el frío. Licor preparado por sus

manos. Y les obsequió, como recuerdo, estampas de santos y medallitas bendecidas.

Así conocimos a Sor Ludovica, la Madre Superiora, aquel lejano y heroico invierno de 1931. Desde entonces, todo lo que se refería a su vida, a sus hechos, a sus obras, lo guardamos celosamente en la memoria.

Tal fué la impresión que nos produjo.

El autor expresa su gratitud al señor Ministro de Salud Pública de la Provincia, doctor Carlos Alberto Bocalandro; y agradece, reconocido, los informes que tan gentilmente proporcionara el doctor Carlos F. Boffi, decano de los médicos internos del Hospital de Niños de la ciudad de La Plata.